

CERRAR LOS OJOS

Hay momentos en tu vida en los que conoces a alguien y yo los llamo “el momento de cerrar los ojos”. No está científicamente demostrado la cantidad de veces que ese momento aparece a lo largo de tu vida. Depende, en la mayoría de los casos, de la capacidad de aguante de una persona, de su rapidez y eficacia para borrar el pasado y , sobre todo, de lo imbécil que uno sea.

Existe un promedio del noventa por ciento de las personas mayores de cuarenta años que, si les dieran a elegir, vivirían toda su vida siendo adolescentes. Yo creo que es porque no se acuerdan de lo mucho que significa para nosotros lo que ellos llaman “tonterías”. Y ahí va mi primer momento de cerrar los ojos, y con él una de esas tonterías.

Siempre he sido de las que piensa que es más fácil sonreír que explicar por qué estas triste. A si que, sonrisas por fuera y batallas por dentro. Al fin y al cabo a nadie le interesa tu aburrida vida y si le interesa infórmate de lo que quiere conseguir de ti.

Hace muy poco que acababa de terminar uno de mis momentos de cerrar los ojos y ahora que por fin parecía que de nuevo los había abierto y está vez para siempre, apareció una de esas personas que te rompen todos los esquemas y te dejan en fuera de juego tan solo con un par de sonrisas tontas que enseñar y un corazón que entregar, pero con él también llegaron las dudas, el pasado, que se queda más presente que pasado, los miedos ... Pero ahí comenzó la primera fase del modo “cerrar los ojos”. Me di cuenta de que todavía me quedaban muchas decepciones por vivir, muchas lágrimas que derramar y muchos chascos que llevarme y que podría hacerla sola o en compañía. Y la verdad es que pensando que alejándome del mundo iba a sentirme mejor estaba muy equivocada y además estaba siendo ridícula. Estaba malgastando mucho tiempo y la verdad es que no nos sobra. “Nos quedan muchas personas por conocer. No les cierras las puertas de tu vida, no vivas con pies de plomo, es una carga innecesaria” pensé.

Carlos, veintitrés años (mucho mayor que yo) con carnet de conducir y un coche a estrenar. Simpático, extrovertido,

cariñoso e inteligente ¿Qué podía salir mal? (Mucho podía salir mal ...)

Yo quería ir sin prisas, para no estamparme de frente una vez más. Él en cambio le ponía mucho más énfasis a todo, decía que había conocido al amor de su vida. (A uno de los que resultaron ser muchos). Fue todo más rápido de lo que yo quería. Eran sensaciones totalmente contradictorias: por un lado, él me incitaba a tener ganas de mucho más, de todo, de todo a su lado y por otro había algo en mí que me decía que parara, que pensara un poco. Pero claro, yo ya en ese momento estaba en una fase avanzada de “cerrar los ojos”.

Para profundizar un poco más, “cerrar los ojos” llamo yo al momento en el cual tu voluntad se queda a un lado junto con todas las opiniones de toda la gente de tu alrededor y la realidad que en cierto modo tú no ves pero porque tú has decidido no verla y confías al cien por cien en una persona.

Al principio la cosa parecía que funcionaba: amor, besos, cines, películas, parques, bancos, llamadas telefónicas, abrazos...

Un día (maldito día) Carlos se empeñó en ir a la playa por la noche. La verdad es que me pareció una idea muy romántica. (Ojalá él hubiera pensado lo mismo). Llegamos y estiramos las toallas. Al cabo de un rato de besos y caricias, Carlos empezó a hacer algo que yo al principio no entendía. Ni siquiera me había planteado la posibilidad de hacer algo con él. Nos conocíamos desde hacía apenas cuatro meses. Entré durante unos segundos en estado de shock, pero volví a la tierra en el justo instante donde él empezó a hacer todo lo contrario a lo que yo quería que hiciese. No, no y no. No podía creerlo. Pero no podía creerlo porque yo no hacía más que oponer resistencia y él parecía haberse vuelto sordo. Y ojalá yo también me hubiese vuelto sorda en ese instante para no oír lo que me dijo: o hacemos lo que yo quiera en todo instante o no volverás a saber nada de mí. “PAM”. Directo a lo más hondo de mis entrañas. Y ahí cometí el error que comete mucha gente de permitírsele. Porque era más mi miedo de perderle que de lo que pudiera hacerme.

Al día de hoy no sé si lo que ocurrió aquella noche puede clasificarse como una violación, pero si estoy segura que ahí empezó un infierno: golpes, pero que dolían más en el alma que en el cuerpo; insultos; humillaciones; faltas de

respeto y atención ... y todo porque tu misma, inmersa en la fase “de cerrar los ojos” piensas que va a cambiar. Piensas que algún día Carlos volverá a ser ese chico sensible y amable del que te enamoraste y en el que confiaste, pero acabaste equivocándote. Y aguantas. Y otro día. Y otro más. Cada vez te sientes más inferior y cuanto más inferior te hace sentir más te unes a él, porque piensas que no sirves para otra cosa. Tu familia ya no te soporta. Tus amigas se han ido. Y solo quieres encontrar una forma de escape, un poco de aire, sientes asfixia. Quieres salir de este agujero.

“PAF”. La realidad. Has llegado al límite. La venda cae y la fase termina. Ahora empieza una fase todavía más dura. La aceptación. La vuelta al mundo real, en el que te das cuenta de que las personas que te quieren no te hacen daño. La parte en la que te levantas del suelo y ves todas las cicatrices que te han quedado . Y la parte del diagnóstico. “¿Qué tengo doctor?

Pocas ganas, muy pocas. Ahora te sientes rara. No sabes por donde pillar la vida. Parece que todavía las amigas más fieles no se han olvidado de ti. Gracias. Gracias mamá. Gracias papá. Que bien sienta el aire en las piernas. Hacía tiempo que no utilizaba pantalones cortos. Salir de noche, no recordaba la música tan alta entrando en los oídos.

Han pasado algunos meses. Parece que todo vuelve a su lugar. Dicen que el tiempo no perdona, creo que es cierto. Es tiempo de rehacer todo lo que está en ruinas. Tengo ganas. Si, tengo ganas de ser yo otra vez. Parece que lo estoy consiguiendo. Gracias otra vez a los que no me abandonan, creo que soy lo que soy por vosotros.

Y en menos de lo que crees, otra vez comienza una historia de nuevo. Otra donde seguramente también voy a sufrir. O no. O quizás no tanto como la última vez. O quizás todavía más ¿Se puede pasar peor? No sé. No sé si quiero comprobarlo.

Vivir ... creo que he definido perfectamente lo que es vivir. Dudas, muchas dudas. Miedo y valentía, amor y desamor, cerebro y corazón. Y es que solo tengo diecisiete años.

Supongo que todos los seres humanos venimos con un defecto de fábrica, y es que olvidamos el dolor con

demasiada facilidad. Cuando menos crees que el amor va a visitarte ya estás abriéndole de nuevo las puertas a alguien.

Pero... ¿cómo le abres la puerta de tu vida a alguien? Si la última vez que alguien entró lo desordenó todo tanto y tan bien que a día de hoy te sigues encontrando cosas que no están en su lugar. Y quizás por eso es tan bonita la vida. Porque el amor es ciego pero los enamorados no, por eso es tan bonito cuando se estrellan, porque ambos lo vieron venir, pero cerraron los ojos.

MARTA ROMERO GÓMEZ, 16 años
C, Montessori
Huelva